

Clara Voghan

Pequeños Pecados

edición digital



Reading & relax, IV

© Clara Voghan, 2006

Todos los derechos reservados.

Exp. 464496

Edición digital de CCM

de distribución gratuita,

se prohíbe su venta.

Información y comentarios:

claravoghan@mailbolt.com

Pedidos

y representación editorial:

CCM

claravoghan@lycos.com

CAPÍTULO VI

Mercedes carraspeó. Con el mismo afán con que convertía su vida entera en un completo desorden, la madrastra de Victoria se empecinaba en imponer a todos la puntualidad a la hora de la cena.

—Querida... —reprochó a Victoria con fastidio—, ... son las nueve y cuarto.

La muchacha, que acababa de entrar envuelta en llantos y furia, se limitó a arrojar el pequeño revolver que Cohen le había dado, sobre la mesa.

—¿Quién mierda ha traído esto a la casa? —interrogó con furia.

—Creo que es mi culpa...

Desde las sombras asomó la figura odiada, con voz desagradable, que Victoria había intentado olvidar durante los últimos meses.

—¡Roberto Loria! —se sorprendió la joven. Y luego se enfrentó a su madrastra— ¿Qué hace él aquí, sentado en mi propia mesa?

Pero no fue Mercedes la que le respondió, sino el mismo Loria.

—No tienes por que enloquecer, querida... He estado saliendo con la viuda de tu padre desde hace un tiempo. Y hoy era la presentación oficial... En cuanto al arma... Se la he dado a Mercedes para su protección. Sabes que hoy en día, y con la inseguridad general...

Victoria enfureció, pero le contestó a su madrastra.

—Tú sí que eres un caso, querida Mercedes... ¡Con razón que no seguías pidiendo dinero!... Conseguiste una fuente extra... Claro que tu idiotez no te permitió darte cuenta que...

—Más respeto, chiquilla...

—Lo que tu idiotez te impidió ver, es que esta basura no venía aquí por ti, sino para enterarse de lo que estábamos haciendo por la empresa...

—Eso es ridículo —se defendió Loria, en voz calmada—. Compro y vendo negocios todos los días. No necesito de los calzados Ferrari...

—Pero he hecho público sus “métodos” para poder comprar y vender... Y sin el apoyo de los políticos, es igual a cualquier otro infeliz en busca de hacer dinero... — y, mirando a Mercedes, añadió—: No te quiere a ti, idiota. Lo único que quiere es vengarse de mi, y de todos nosotros...

—Por favor, Victoria... ¡Es mi invitado!... —rogó Mercedes, sin entender del todo las razones de su hijastra, para semejante escena.

—¡No, Mercedes!... ¡Es “mi” invitado! La casa es mía, y yo pago toda la comida que se sirve en ella. Y él, y su asqueroso revolver, que hoy casi le cuesta la vida a tu hijita menor...

—Esmeralda, ¿de qué está hablando tu hermana? —le preguntó Mercedes a su hija, buscando con eso desviar la charla.

Pero, como si nada hubiera dicho, Victoria continuó.

—¡Él, y su asqueroso revolver, no son bienvenidos aquí!

Loria no se inmutó, apurándose a responder en voz calma:

—No tienes que armar un escándalo. Cuando acabe la cena, no voy a tener inconveniente en retirarme, y no volver nunca más...

—¡No!, por favor —rogó Mercedes.

Su amante no la escuchó. Por el contrario, aquel hombre desagradable volvió a dirigirse a Victoria.

—Pero por ahora, sería interesante que te sentaras y comenzaras a comer cuanto antes. Esta sopa se enfría, y está verdaderamente deliciosa...

—¿No es cierto?... La prepara mi cocinera francesa —terció Mercedes, encantada por el halago.

—Si tan interesado está en ella, sería oportuno que se la llevara puesta.

Y diciendo esto la muchacha, en un gesto rápido e imprevisto, volcó el contenido de toda la fuente sobre un sorprendido y atribulado Loria.

—Creo que todavía le queda algo de dinero como para pagar su propia comida. Y también un hotel para llevar a esta ramera... No tiene nada que hacer aquí, y la próxima vez que lo vea rondando esta casa, o la fábrica, no voy a dudar en hacerlo echar por la policía.

La muchacha, enfurecida, se dirigió hacia la puerta, pero antes de llegar a ella se detuvo, rebuscó algo en sus bolsillos, y luego, con un gesto brutal, le arrojó a aquel fulano horrible unas monedas.

—¡Tome!... Esto es lo que ha venido a buscar... ¡Dinero!... Y es lo único que va a conseguir.

* * *

Victoria comenzó a correr. Era la mejor forma que tenía de sentirse viva. De olvidar a todos los que conspiraban contra ella, a los que la ignoraban, y a los que no la sabían amar...

Cada paso le arrancaba una lágrima. Se sentía sola y miserable. Agobiada por aquella maldita herencia que le había tocado en suerte.

Había pasado los últimos meses de su vida trabajando durante quince horas al día, para lograr complacer a los muertos. Y las pocas horas libres que había tenido, las había desperdiciado tratando de ganar el amor de los vivos. ¿Cuándo era el turno de vivir su propia vida? ¿De ser feliz?...

Había intentado tan afanosamente que Cohen la mirara como a una mujer...

y ahora que lo había logrado...

Corrió más rápido aún...

Aquel breve contacto con Cohen la había turbado más que mil caricias de Guillermo. Su mirada la había hecho arder, como no lo había logrado el beso apasionado de Fernando. ¿Qué había de malo en ella?... ¿Le gustaba sufrir?... ¿Por qué no abandonarlo todo? Olvidar a Esmeralda, que sólo quería lastimarse y lastimarla. Y olvidar a Cohen, que era incapaz de hacerla feliz.

Dobló al llegar a la esquina, y se tropezó con alguien que la contuvo entre sus brazos.

—¿Adónde vas, tan apurada?

Jadeante, se dejó aprisionar un poco más por aquel hombre fuerte, al que quería tanto.

—La casa es un desastre... No puedo más... —dijo, recuperando el aire.

—Tú y yo tenemos que hablar...

—Hace unas horas un amigo me dijo que los sentimientos no tienen explicación. Y es cierto... No tenemos nada de que hablar.

Nicolás, el bello Nicolás, la observó con sus ojos dulces.

—No tiene que ver con lo que yo sienta, Victoria...

—¿Entonces?

—Te rechacé porque...

Aquel hombre grande agachó su cabeza, casi avergonzado.

—...creo que somos hermanos... Estoy casi seguro de eso.

—¡Cómo!...

De nuevo la muchacha sintió que apenas podía respirar.

—¿A que te refieres?— insistió.

Nicolás volvió a agachar la cabeza, en ese gesto que le era tan típico, y juntos comenzaron a caminar.

—Como muchos niños, fui abandonado por mi madre al nacer. Unas religiosas me criaron, como hijo de nadie. Por eso mi apellido es Expósito. Pero durante aquellos primeros años, no era inusual que vinieran parejas en busca de un niño para llevarse a casa. Y siempre al primero que elegían era a mi: tú sabes, ojos claros, pelo rubio, mirada despierta... Muy distinto al resto de mis compañeritos. Pero las hermanas todas las veces decían lo mismo: “No, él

no está en adopción”... Yo lloraba, porque siempre la familia me caía bien, y muchas veces venían incluso con un perro, al cual amaba de inmediato. Era muy frustrante para mí... Luego me pusieron pupilo en un colegio de curas... ¡Por eso soy ateo! ¡Qué basuras!... Era el mejor colegio del lugar, lleno de niños ricos. Yo era el único que, según ellos, vivía allí gracias a su caridad... Pero un día entré a la oficina de registros, y descubrí que los muy desgraciados cobraban un suculento cheque por mí. Un cheque que llevaba el apellido Ferrari la mayoría de las veces, o Uriburu, las demás...

—¿El doctor Uriburu?... ¿Adónde tú trabajas?...

—Sí. Para esa época era el representante legal de las Industrias Ferrari. Luego, Aldo y él se enemistaron, y Rolón se hizo cargo de la cuenta. Un día se presentó Aldo en el colegio. Pidió hablar conmigo, y lo único que me dijo fue: “Muchacho, debes acompañarme a casa”. Yo lo obedecí sin preguntar (¡cualquier cosa antes de continuar en aquella cárcel!). Tenía catorce años...

—¿Y en el resto del tiempo que vivieron bajo un mismo techo, nunca lo hablaron?

—Siempre me trató como un hijo. Mercedes, por el contrario, me odió desde el primer día que pisé este lugar... Creí que... Él estaba tan enceguecido, tratando de encontrarte. Era lo único que lo obsesionaba... Creí que, una vez que te hubiera hallado, me lo iba a decir, pero...

—¿Cómo no se lo preguntaste?. Yo hubiera...

—Las mujeres son distintas. Los varones nos manejamos con un código de silencio. Los sentimientos... No, no somos buenos lidiando con ellos... Cuando tu padre estaba por morir me hizo llamar, porque tenía algo que decirme... Pero la vida no le alcanzó.

—Por lo que tú dices, Uriburu debe saber la verdad.

—Y la sabe... Y prometió que iba a contármela... algún día. El viejo es buena persona, y buen amigo. No sé por que Aldo se peleó con él, pero estoy seguro de que yo tengo mucho que ver en el asunto...

—¿Por qué trabajas con Uriburu?... Me refiero... sería más lógico que lo hubieras hecho con Rolón...

—Rolón tenía su propio hijo, y Aldo estaba empecinado en que me forjara un buen futuro... En cuanto dije que quería ser abogado, y no contador, como él, (cosa que sé que le dolió mucho), inmediatamente me obligó (nos obligó, porque a su ex amigo tampoco le gustó la idea en un principio), a trabajar en el estudio Uriburu.

—Pero no necesitamos a tu jefe para saber la verdad. Podemos hacer un análisis de...

—¡No! —la interrumpió, cortante—. Si Aldo no quiso reconocerme en vida, no me interesa que lo haga de muerto. Si su cariño no alcanzó, a mi no me alcanza su sangre...

—Pero su fortuna podría ser también...

—No me hace falta su dinero... Lo único que quería era que... ¡No importa!... Me he quedado en la casa sólo por las muchachas y por ti... Creo que me necesitan...

—Desesperadamente...

—No sé como pudiste pensar que un hombre cuerdo iba a rechazarte sin motivo alguno...

—No eres el único.

—Por eso me sorprendió tu beso. No lo vi venir, porque creía que estabas enamorada de Cohen.

Victoria continuó caminando.

—¿Lo estás?

Y por toda respuesta la muchacha se acurrucó en los brazos de ese hermano que necesitaba tanto, y se echó a llorar.

* * *

Como si cargara cien años sobre su espalda, Victoria regresó a la casa, dispuesta a tener una larga charla con su hermana menor. La pequeña Esmeralda era una bomba de tiempo, que ni su costosa terapia parecía capaz de desactivar.

La buscó sin éxito en su dormitorio. Luego en el suyo propio, adónde Esmeralda solía ocultarse. (Era otro de sus juegos sádicos. Sabía que su presencia allí sobresaltaba a Victoria, y, a la vez, era un recordatorio de que siempre podía ocurrir otro “accidente”)

Pero tampoco estaba ahí.

Uno a uno, con desesperación, comenzó a recorrer todos los cuartos de la casa, pero al llegar al solarium sus peores temores se hicieron realidad.

Allí estaba Esmeralda, vivita y coleando, con la camisa salida y parcialmente desabrochada, besándose apasionadamente con el canalla de Roberto Loria, que, apenas cubierto por una bata entreabierta, tenía la mano debajo de la falda de ella.

Victoria se abalanzó sobre su hermana.

—¿Te has vuelto loca?! —comenzó a gritar. Y luego se dirigió a aquel hombre despreciable, cuya desnudez la asqueaba— ¡Váyase de aquí!... ¡Váyase ya mismo!...

Al escuchar los gritos, rápidamente acudió en su auxilio Nicolás, y, tras él, Mercedes. Al ver a su madrastra, la furia de la muchacha se incrementó.

—¡Tú eres la culpable por traer esta basura a la casa! —le reprochó.

—¡No ha ocurrido nada! —trató de justificarse Loria, mientras Nicolás lo empujaba— Me estaba alcanzando la ropa, cuando esta histérica comenzó a gritar tonterías..

—¡La estaba manoseando!. Sé lo que vi —le explicó la muchacha a Nicolás— ¡Y si vuelve a acercarse a ella, lo voy a acusar de estupro! —le gritó a Loria, que ya escapaba cobardemente, con su ropa a cuestras.

Esmeralda, sin espantarse por la escena que había provocado, enfrentó a Victoria con frialdad.

—Él también me encuentra atractiva...

Pero Victoria no tuvo tiempo de reaccionar. Fue Mercedes la que cruzó la cara de su hija con un sonoro sopapo.

—¡Nunca te metas con mis hombres! —le dijo.

Y esa fue toda la preocupación materna de la que fue capaz, antes de abandonar, ofendida, el cuarto.

* * *

A Victoria le dolía todo el cuerpo. Había llorado hasta la mañana temprano...

Por muy ridículo que fuera, se sentía culpable por Esmeralda. Aquella muchachita endemoniada intentaba

competir con ella en todos los órdenes de la vida, y si no lograba vencer, se consideraba con todo el derecho a lastimarla. Y si así y todo no quedaba satisfecha, siempre dejaba latente la amenaza del suicidio. Victoria sabía que lo único que buscaba la joven era lograr manipularla, pero tampoco podía ignorar que de seguir así, su hermanita menor se encaminaba hacia un futuro oscuro y doloroso.

Comenzó a discar el número del psiquiatra que le había recomendado Fernando, pero la voz de su secretaria, en el intercomunicador, la distrajo —Señorita Ferrari, su tía, la señora... señorita Cora Ferrari, quiere verla de inmediato...

No habían terminado de sonar las últimas palabras, cuando Cora ya estaba entrando a la oficina, enfurecida. Su crispación hacía llamear sus ojos azules.

—Mira tía, no tengo tiempo... Ayer Esmeralda ha intentado suicidarse otra vez. Ahora con un arma que Roberto Loria le dio a Mercedes... Estoy intentando comunicarme con...

—¡Tonterías!... No he venido hasta aquí para hablar de los caprichitos de tu hermana. ¡Qué se ocupe su madre de ella!... Lo que me preocupa es esto...

Cora arrojó el último número de la principal revista de noticias del país. Allí, en la portada, nuevamente aparecía su sobrina. “Victoria Ferrari, la empresaria buena”, era el título de la nota principal.

—¿Me quieres aclarar que significa esto?! —explotó la dama.

—Tonterías, como te gusta decir a ti. He acordado con los empleados un treinta por ciento de aumento por encima de los valores del convenio colectivo de trabajo, siempre y cuando se mantenga el flujo de ventas al exterior. Cobramos en dólares, y gastamos en pesos. Nuestras ganancias se triplican, y bien podemos...

—¡Claro que no podemos! ¿Te has vuelto loca?!... A nadie le interesa una empresaria buena, sino una buena empresaria... ¡El país es un tembladeral. La inflación es agobiante, y en cuanto el tipo de cambio se acomode, ya no podrás venderle tus lindas zapatillas a nadie. Eso si Brasil no corre a proteger a su industria primero, ¿o te crees que son como nosotros? Nos invadieron con su calzado cuando el cambio los beneficiaba, y nuestras empresas tuvieron que cerrar. Pero ellos no van a dejar que les ocurra lo mismo... Y si pierdes a Brasil, pierdes buena parte de tus ganancias... ¿Cómo se te ocurre repartir lo que no te pertenece, muchachita idiota?!... El diez por ciento es mío, y no voy a permitir...

—Más del cincuenta por ciento es mío, y yo ya he decidido...Estoy peleando codo a codo junto a mi gente, para sacar la empresa adelante, ¿y pretendes que no los recompense?...

—¡Eres una idiota!... Y te crees la dueña del mundo. Pero no tienes nada... Cuídate de mí, idiota, porque no te va a gustar que yo no esté de tu lado...

La dama, con su pelo canoso desarreglado, salió de la oficina, como había entrado, hecha una furia.

En el mismo momento en que su tía le dio la espalda, Victoria olvidó sus amenazas y su visita, apurándose a volver a discar el número del psiquiatra. Pero nuevamente la voz de su secretaria la interrumpió.

—Señorita Victoria, está aquí el señor que trae el informe de auditoría que...

—Hágalo pasar —se apuró a decir la joven, que ya había comenzado a temblar.

¿Cómo enfrentarse a Cohen ahora?... ¿Cómo...

—¡Vázquez!... ¿Qué haces aquí?... Me refiero a... Creí que Cohen... —comenzó a balbucear.

—Cohen está ocupado con lo de la química, y me pidió...

—Yo creí que...

—Él me pidió especialmente que, de ahora en más, me hiciera cargo de tu cuenta... —dijo aquel hombre, dejando entrever que sabía mucho más que lo que estaba dispuesto a decir— ¿No crees que es lo mejor para los dos?

—Sí —se limitó a responder Victoria.

¿Acaso no era lo mejor para los dos?

* * *

—¿Falta mucho para que desocupe la oficina, Señorita?... Ya son las nueve, y después de aquí, tenemos que irnos a otro sitio...

—Déjenla sin limpiar. Necesito terminar esto cuanto antes, y...

—Usted es la jefa, usted manda —dijo el caballero de uniforme azul, encantado de obedecer una orden semejante. Y antes de que Victoria cambiara de opinión, se apuró a retirarse.

Otra vez sola en la oficina, la muchacha volvió a leer el párrafo: “En el 2003, la Mesa Directiva dispuso la creación del área de Relaciones Institucionales para...

¿No iba a ver nunca más a Cohen?...

“En el 2003, la Mesa Directiva dispuso la creación del área de Relaciones Institucionales para...

¿Y si ella iba al estudio?... ¿Parecería muy desesperada?

“En el 2003, la Mesa Directiva dispuso la creación del área de Relaciones Institucionales para...

Vázquez parecía saber algo... Eso de que era mejor para los dos... ¿Por qué era mejor para los dos?... ¿Y si Cohen era casad...

Antes de que Victoria pudiera acabar con su pensamiento, el mismísimo Roberto Loria estaba allí, plantado en frente suyo.

—¿Qué mierda está haciendo aquí?!...

—¿Qué boquita!... ¿Esas cosas te enseñan en la Iglesia?

—¿Fue el portero de la noche, no?... Sabía que era uno de los suyos, pero me dio lástima despedirlo...

—Eso te ocurre por ser una buena niña...

—¿Qué quiere, Loria?... ¿No se ha dado cuenta de que ya fue suficiente?... Es obvio que no pienso venderle la fábrica, y por más influencias que usted tenga...

—Una buena jugada de tu parte... Es increíble lo que se logra con el apoyo popular...

—¿Y entonces? ¿Para qué insiste?...

—Te lo dije el primer día... No estoy interesado en esta pocilga. Puedo comprar veinte mejores...

Victoria sonrió con soberbia, pero Loria la ignoró, y continuó hablando.

—Lo único que me interesa del grupo Ferrari... eres tú. Me gustas, Victoria... Me gustas mucho...

—¿Usted está loco, no?... Me refiero a... No puede creer seriamente que...

—¿Qué podrías interesarte en mi?... Lo que tú quieras me tiene muy sin cuidado... Es lo que “yo” quiero.

Victoria lo miró, dudando de tomarlo en serio. El pobre tipo estaba chiflado...

—Creía que mi ex novio Guillermo se llevaba las palmas de la torpeza frente a una mujer, pero veo que, hasta en eso, es un perdedor...

—No tengo tiempo para el romance. Tú y yo somos gente de negocios... Sabes que el equilibrio de la empresa es inestable. Hasta ahora has podido tener éxito gracias a las previsiones de tu padre. Fue él el que invirtió en maquinarias nuevas, las instaló, y preparó al personal para usarlas. Tú sólo tuviste que llegar y prender la luz. Pero no te confundas... Eso no es ser una empresaria. Tarde o temprano necesitarás ayuda...

—Ya la tengo, gracias...

—¿Quién?... ¿Cohen?... Él no es un tipo para una niña cristiana y virgen como tú...

—¿También soy virgen?

—Cada vez tengo menos dudas.

—Tengo veintiséis años, siete de los cuales compartí con un hombre, y a pesar de eso usted cree que...

—Estoy seguro. Tienes la arrogancia de una mujer nueva.

—¿Y cuál es su concepto de la virginidad, señor Loria?... Digamos... Si yo se la chupé, no una, sino mil veces a mi novio, ¿soy virgen?...

—Se nota que te has criado en la miseria...

—¿Se espanta?... ¿No soy acaso una niña casta?... ¿Y si mientras yo se la chupaba, alguien me la metía por detrás, todavía soy virgen? Mi himen estaría íntegro, y de eso se trata, ¿no es cierto?...

Loria sonrió con desprecio.

—Sabe, Loria, eso es lo bueno con la virginidad. Es tan cierta para los que se aman. Y tan fácil de mentir a los que la quieren comprar... ¿Qué dice, Loria? ¿Seré virgen, o no?... Y si tanto le importa el asunto... ¿Qué tal si hablamos con el cirujano plástico de Mercedes? La puede volver virgen para usted cuantas veces quiera...

—¿Nunca te dijeron que podías ser muy desagradable? —le dijo, mientras la asía con violencia del brazo.

—¿Nunca le dijeron que es muy estúpido?... —le respondió, sin temor, enfrentándolo.

Loria la soltó.

—No importa. Aún así, igual me gustas...

Victoria lo observó por un momento, y luego añadió, con voz sugerente:

—Se nota que es un hombre apasionado... Juraría que le encanta atar a las mujeres...

—Sí... ¿Cómo lo sabes? —preguntó él, intentando meterse en ese nuevo juego que adivinaba de seducción.

Pero el encanto duró poco.

—Por que es la única forma en que me imagino que una mujer puede dejarse tocar por usted —le reprochó Victoria con acritud—. Y ahora váyase... No pierda su tiempo, ni, lo que es más valioso, el mío...

Enfurecido Loria volvió a tomarla entre sus brazos con violencia.

—¡Basta de estupideces!... He venido a hacer negocios...

—No tiene nada para ofrecerme...

—¿La vida de tu hermanita menor no te interesa?

Victoria se alarmó: —¿A qué se refiere?...

—Tú me desprecias, pero Esmeralda... Está loca por mí. Y si no hubieras llegado tan imprudentemente la otra noche...

—¡Tiene dieciséis años!... ¡Eso es estupro!...

—No si nos casamos... Y, de cualquier manera, tampoco estoy muy seguro de estar cometiendo un delito si simplemente me acostara con ella. Pero casarme es un hermoso plan. Pasaría a ser dueño de un poco más del diez por ciento de la empresa, sin poner ni un miserable centavo...

—Esmeralda no es tan tonta...

—¿No?... Y lo mejor es que, con esa increíble fijación que tiene con el suicidio, tendría que soportar sus locuras por poco tiempo... ¡Un negocio redondo! Virgen, hermosa, con una dote, y siempre lista a saltar del décimo piso. ¡La mujer perfecta para mi!

—Esmeralda es una menor. Puedo evitar que lo vea por los próximos cinco años...

—¿Y estás tan segura de poder lograr que no se mate, durante el mismo tiempo? Tengo a tu hermana bajo mi dominio... Y no puedes hacer nada para evitarlo...

—¿Y el precio por dejar tranquila a Esmeralda es...?

Loria la empujó contra su cuerpo.

—El precio eres tú... Y no te estoy ofreciendo matrimonio... Luego de lo que dijiste, ya no me interesas... Métete tu maldita empresa en el culo, y chúpasela a todos los políticos para poder sobrevivir, a mi me da igual... Sólo quiero una mamadita, aquí mismo, y...

—¿Mi virtud por la de mi hermana?... Interesante... Y si yo accediera, usted no volvería a acercarse nunca más...

—Soy un hombre de palabra...

—Entonces... —dijo Victoria, mientras comenzaba a agacharse.

Y antes de que pudiera darse cuenta, Loria recibió el más terrible rodillazo en sus genitales que hubiera tenido que padecer nunca antes.

Adolorido se tiró al piso, mientras Victoria tomaba una pesada estatuilla en sus manos.

—Bruja, maldita... —bramaba aquel hombre miserable.

—¿Pensó que iba a regalarme para salvar a mi hermana?... ¡Qué inocente! Esmeralda está dispuesta a irse con el primer idiota que pase, y, créame, usted puede ser el mayor, pero no el único...

Con trabajo aquel hombre bestial se puso de pie, embravecido. Victoria intentó pegarle con lo que tenía en la mano, pero él, con toda la adrenalina del desprecio sufrido, pudo doblarla con facilidad.

—¡Perra!... ¡Será por las malas!...

—Si así lo quieres... —dijo Cohen, que había entrado al despacho sin que ellos lo notaran—, nada me hará más feliz que complacerte.

Con tranquilidad tomó a Roberto Loria por las solapas, y lo enfrentó, dispuesto a pegarle.

—No te atreverás... —murmuró aquel hombre pequeño y miserable—. Si me tocas, te haré una denuncia por lesiones, y voy a asegurarme de que termines en la cárcel...

Cohen sonrió. Y, tranquila y sistemáticamente, comenzó a molerlo a palos, con todo el odio que tenía acumulado.

Victoria los miraba, agradecida por aquella presencia que, como siempre, la había salvado, pero a la vez preocupada por que el castigo no pasara a mayores.

—Déjalo, Cohen —comenzó a pedir, cuando el otro sucumbió—. No vale la pena, Samuel...

Al escucharla, Cohen se detuvo, como electrizado, y la miró con aquellos ojos que podían perderla. Y como si hubiera recibido una orden, aquel hombre fuerte se detuvo. Ayudó a que su oponente se levantara, le acomodó las solapas, y luego le asestó un último golpe, tan terrible que casi pudo escucharse como la mandíbula de Loria se partía en cuatro.

—Esa fue por Cristina... ¿Sabes, Loria?, unos días de cárcel no son nada, comparado con el placer de que todos sepan que fuiste apaleado por un judío de mierda...

Cohen lo soltó, y el otro cayó, casi inconciente. Victoria se acercó a aquel guiñapo, y al ver que reaccionaba, se apuró a alejarse.

—Vete, Loria —le advirtió— Y no intentes acercarte a nadie más de mi familia... O a denunciar a Cohen... Tengo todo lo que me has dicho grabado en video... Mi padre llenó la oficina de cámaras antes de morir... Hay por lo menos tres planos de cada toma. Y si tienes alguna duda, pregúntaselo a tu proveedor. Él te ofreció como referencia cuando conectó la oficina...

—Vamos Victoria... —ofreció Cohen, tomándola de los hombros.

Y Victoria, una vez más, se dejó llevar.

* * *

La muchacha observó a Cohen tomar su segundo whisky, sin parar. Hacía más de media hora que estaban sentados en aquel bar, sin dirigirse la palabra.

—Cohen, yo... —comenzó a decir Victoria.

Pero obviamente no era buena para tomar la iniciativa, porque de inmediato se quedó nuevamente callada.

Entonces fue su ex jefe el que lo intentó.

—Esto no puede seguir así... No soy ni tu psiquiatra, ni tu guardaespaldas... Yo, yo...

—No sabía que él iba a...

—¿Y si yo no hubiera ido a dejar esa carpeta? —la reprendió con furia— ¿Qué hubiera ocurrido, Victoria?... ¿Qué te hubiera ocurrido?...

—No podía saber que él...

—No entiendes que...

Y entonces Cohen cometió la torpeza de clavar en ella su mirada. Y aquel fuego contenido volvió a quemarlos a los dos. Y cuando el calor ya se hizo insoportable, fue él, el primero en ponerse de pie.

Obediente, la muchacha lo siguió en silencio.

Juntos volvieron a entrar a la fábrica. Su ex jefe la acompañó hasta su lujoso auto importado, y la ayudó a subir. Y cuando Victoria ya había puesto el motor en marcha, él se acercó a la ventanilla y, ensombrecido, le dijo:

—Necesitas a un hombre de verdad a tu lado, Victoria... O a un ángel de la guarda. Yo... sólo puedo ser tu contador...

Y sin agregar más comenzó a caminar por el garaje desierto de la empresa, rumbo a su auto, y a su oscura soledad.

* * *

—Oremos...

El sacerdote levantó las manos, y todos los concurrentes se pusieron de pie. El hombre al lado de Victoria permaneció sentado, por lo que la muchacha le dio un empujón discreto, y le hizo un gesto de desagrado. Obediente, se levantó de inmediato, y quedó firme junto a ella, como si se tratara de una fiesta patria, y él formara parte de la parada militar.

—Démonos fraternalmente la paz...

Victoria besó en la mejilla al oscuro caballero parado a su izquierda, que la contempló hacer, con ojos desorbitados.

—La paz esté con tu espíritu —le dijo.

A lo que el atribulado señor contestó: —Bueno.

Luego llegó el momento de la Comunión. Victoria se puso al final de la larga fila que llevaba hacia el altar, con aquel hombre grande y oscuro pisándole los talones. Al llegar frente al cura, la muchacha, como buena cristiana, comulgó, mientras que aquel fulano, luego de enfrentarse al sacerdote con espanto, corrió hasta ella, confundido.

Al terminar la Misa, Victoria comenzó a caminar entre los demás asistentes, rumbo a la salida. Cada semana, la gente, apurada ante la perspectiva de un succulento almuerzo dominical, solía pegar uno que otro empujón, bregando por salir de allí cuanto antes, como si un incendio se hubiera declarado en el altar que segundos antes

veneraban. Pero lo que los inocentes parroquianos no podían imaginar era que, a diferencia de otro domingo cualquiera, aquel hombre oscuro y bien trajeado estaba dispuesto a devolver cada pequeño empujoncito, con un golpe duro, disimulado y certero. Así fue que, para cuando Victoria llegó finalmente al atrio de la Iglesia, adentro del templo yacían varios ancianitos por el suelo, sus bastones caídos, y un número impreciso de señoras elegantes de mediana edad, acariciaban sus hombros golpeados.

Illuminada por el sol brillante del mediodía, Victoria tenía, sin embargo, su propia sombra.

—¿Llamo al chofer, señorita?... ¿Vamos directo a su casa? —preguntó aquel señor tenebroso, a la dama por cuya protección le pagaban.

—Sí, muchas gracias —se limitó a responder Victoria.

Pero a pesar de tan diligentes cuidados, un hombre grande logró abrirse paso entre la muchedumbre, y se enfrentó a la muchacha.

—¿La empresaria buena? ¡Eres una buena hija de puta, no una empresaria buena! ¿Le contaste a Dios como tu padre echó a la calle a...

El pobre tipo no pudo concluir. El guardaespaldas de Victoria ya se había arrojado sobre él, como si portara una bomba peligrosa, mientras que el chofer empujaba a la muchacha adentro del auto.

En cuestión de segundos, el lujoso modelo importado había arrancado a toda velocidad, mientras que los presentes no se atrevían a auxiliar al caído. Debió ser el mismo sacerdote el que se acercara:

—¿Qué ocurre, hijo?...

—Esa hija de puta, padre... Así son los ricos... Todos la misma mierda...

Y no acababa de decirlo, cuando el auto de Victoria se detuvo en el mismo lugar del que había partido, y ella descendió para entrevistarse con aquel hombre, mientras el de traje oscuro la protegía con su propio cuerpo.

—¿Qué ha sido todo eso? —preguntó la joven.

—Tu padre... En el 2001... Durante la crisis... Cien familias a la calle, y casi no hubo indemnización. Decía que estaba en la ruina, pero la verdad es que simuló vender las máquinas a precio vil a una empresa falsa, y luego recompró máquinas nuevas... Mi padre terminó suicidándose. Tenía cincuenta y dos años, y ya nadie le daba trabajo. Y ahora mi madre está muriéndose de hambre. ¡Y tú vienes a rezar a la Iglesia!...

—No sé nada de lo que me estás diciendo... En el 2001 yo estaba limpiando oficinas, y, como todo el mundo, me preguntaba cada día si me iba a alcanzar el dinero para comer. Lo único que puedo ofrecerte es que vengas mañana a la fábrica, y pidas de hablar con el doctor Vázquez. Cuéntale tu historia, y luego veremos...

Victoria le extendió la mano al hombre, que le devolvió el saludo de mal modo, y luego partió.

—¿Cuánto quiere apostar, padre, a que el domingo que viene estoy de nuevo aquí?... Ésta ha querido quedar bien con usted, pero ya va a ver que a la hora del dinero... ¡Estos ricos son todos iguales!

—Los hombres somos todos iguales, hijo... Aunque, a veces, alguno puede hacer la diferencia... Ya veremos...

* * *

Victoria había pasado toda la mañana en el juzgado, solicitando una orden de restricción contra Roberto Loria. No quería que volviera a acercarse a la empresa, a la casa, a Esmeralda, o a ella misma. Para lograrlo, había llevado la cinta grabada en la oficina como prueba, cuidando primero de cortar la parte en que Cohen lo golpeaba.

A pesar de que apenas era el mediodía, la muchacha ya se sentía exhausta. La tarde anterior había estado peleando con Mercedes (que era como hacerlo con una roca), y con Esmeralda (¡Imposible no salir lastimada! Enfrentarla, era como luchar con un puercoespín). Finalmente había terminado pactando una tregua con ellas. Victoria autorizaría las “fiestas de los viernes”, pero con la

condición de que se hicieran sólo dos al mes, y que Esmeralda fuera la anfitriona de una de ellas.

“Si quiere seducir hombres, es mejor que al menos elija entre los de su misma edad”, pensó Victoria, resignada a su suerte.

¿Así habría empezado su padre?... ¿Haciendo una pequeña concesión cada vez, hasta terminar aislado de la familia, encerrado en su bunker a prueba de ruidos?

¿Se podían hacer concesiones con lo que uno sabía que estaba mal? Porque, ¿qué clase de favor le hacía a su hermanita, facilitándole que se acostara con todos los borrachos y oportunistas que llegaban a la casa, en busca de champagne, si eran mayores, o de cerveza, si eran menores de edad?

Como fuera, era la única solución que había encontrado.

¿Así habría empezado su padre?...

De lo que estaba segura era de que, durante su época de pobre, las decisiones siempre habían resultado más simples. Ahora, en cambio, todo se convertía en un dilema moral. Y cuando comulgaba, ya no se sentía tan conforme consigo misma...

Como con el hombre de la Iglesia... ¿Habría sido capaz el digno Dr. Ferrari de estafar a sus propios empleados?... En la facultad le habían enseñado que la única función de una empresa era obtener ganancias. Podía desarrollar otras, pero sin ganancia la empresa moría. Y quizás su padre

había actuado así por desesperación. Había perjudicado a cien, para salvar a los otros doscientos que permanecían a su lado... ¿Y, entonces, había obrado mal, o bien?...

Para eso también necesitaba a Cohen. Él tenía una ética inquebrantable. Lo había visto perder mucho dinero por defenderla. O lo que era peor para él: doblegar su orgullo, con tal de actuar rectamente... Y es que Cohen era una gran persona...

Victoria suspiró.

—Señorita Ferrari —le dijo su secretaria, al verla llegar— El doctor Vázquez la espera en su oficina...

—¡Victoria! —la saludó su antiguo compañero, al verla—. He estado toda la mañana con un fulano que se encontró contigo en la Iglesia...

—Sí... Yo lo mandé... Dice que mi padre...

—¿Hizo un vaciamiento en el 2001, para salvar la fábrica?... Creía que lo sabías... Lo hablamos con Cohen muchas veces...

—¿Él estaba enterado?... — comenzó a decir Victoria, pero luego se calló.

Era evidente que Cohen no había querido agregarle otra preocupación, ni cargarla con una culpa que no le pertenecía. Pero además...

Él sabía, mejor que nadie, cuanto necesitaba ella amar y admirar a ese padre que sólo había visto un par de horas en

su vida. Un hombre que, ahora comenzaba a darse cuenta, a pesar de ocupar un lugar más elevado en la sociedad, tenía mucho que aprender de la pobre Ramona en cuanto a ética.

Claro que, por otra parte, Ramona había sido muy capaz de robarle su bebé.

¿Es que acaso no había nadie bueno en este mundo?

Y de nuevo comenzó a pensar en Cohen.

Vázquez estaba ahora enfrascado en el informe en el cual habían trabajado el viernes anterior. La muchacha lo observó durante un buen rato, en silencio. Pero él descubrió su mirada, al levantar la cabeza.

—¿Qué ocurre?...

—¿Nunca más va a volver Cohen?...

—No quiere encontrarse contigo... Por eso vino el otro día a las nueve de la noche. Pensó que no ibas a estar...

—Te contó lo de Loria.

—Estaba golpeado, y yo pregunté.

—¿Desde cuándo conoces a Cohen?...

—Nadie conoce a Cohen... Es como si no existiera fuera del horario de oficina.

—Pero ustedes fueron compañeros...

—¿En la facultad?... Yo soy bastante mayor, ya casi tengo treinta y seis. Pero como había hecho tres años en

Agrarias, nos encontramos en el ingreso. No cursábamos juntos, pero todos conocían “al Rojo”. Era uno de los más feroces en el centro de estudiantes. Creo que de allí viene su enemistad con Loria. Mis compañeras suspiraban por él... Claro que entonces era muy distinto. Luego desapareció por unos años, y en tercero me lo volví a cruzar. Asistimos a varias materias juntos, pero él no tardó en superarme. Al poquísimos tiempo ya estaba recibido, con las mejores notas. Pero para entonces ya casi nadie reconocía en Cohen, “al Rojo” de los primeros años. Era como si... ¡Qué se yo!. Luego se recibió, y su tío lo ayudó a montar su propio estudio. Cuando me uní a él, dos años antes de que lo hicieras tú, ya tenía nombre propio en la Colectividad Judía, y comenzaba a ganar prestigio entre los demás. ¡Es increíble trabajando!.

—Lo sé... Es lo único que sé de él —dijo con amargura.

—Victoria... —comenzó a decir Vázquez, mientras movía la cabeza en señal de negación.

—¿Sabes si tiene alguna mujer?

—En la conserjería dicen que es casado...

—Yo he ido a su casa y...

—Viaja todos los fines de semana a una playa que queda a unos trescientos kilómetros de aquí. A mi me parece que nadie recorre tanto camino para no llegar a ninguna parte...

Victoria agachó la cabeza.

—No soy bueno para cuestiones del corazón... Pero es evidente que él no es un hombre para ti... Y no es sólo por tus millones... Hay que tener mucho valor y fuerza para estar al lado de un tipo tan amargado. Créeme, y te lo digo por experiencia propia, la convivencia nunca es fácil, y mucho menos si el que está contigo ni siquiera puede soportarse a si mismo.

—Los sentimientos no tienen explicación... Eso me lo dijo un amigo, y no me cabe la menor duda de que es verdad... Nadie elige de quien enamorarse...

—Es cierto... Ni Cohen puede hacerlo, con todo y su voluntad...

La muchacha lo miró con un rayo de esperanza en sus ojos.

—No, Victoria, no te ilusiones. Parece muy fuerte y estructurado, pero nuestro jefe es un hombre frágil e inseguro... Olvídalo. No te metas con él, si no quieres salir lastimada...

—No me import... —comenzó a decir la joven.

Pero Vázquez no la dejó terminar.

—O lastimarlo...

* * *

Victoria se aproximó un poco más a la pintura. Era verdaderamente hermosa, y producía en ella una rara atracción. Aquellas figuras angélicas, tocando el arpa, o el laúd, transmitían una paz y una quietud que era justo lo que estaba necesitando. Se quedó extasiada contemplando sus manos delgadas y etéreas, y sus miradas lánguidas.

Hacía ya muchas noches que no dormía. El viernes, porque había sido la primera fiesta en la casa, con Esmeralda como capitana. El sábado, porque los amigos de la muchacha habían decidido continuar con el baile. El domingo porque los celos de Mercedes se habían hecho oír durante casi toda la noche. El lunes porque estuvo pensando una buena solución para resarcir a los damnificados por la estafa de su padre, sin poner en peligro la estabilidad de la empresa. Y el martes... Y el martes porque había encontrado una nota escrita por Cohen, pidiendo un reporte, y había llorado abrazada a ella, hasta la madrugada.

Pero, afortunadamente, el sol brillaba otra vez. La primavera parecía estar anticipándose. Y aquel hermoso cuadro de Soldi (el único pintor argentino que podía diferenciar), la transportaba a un paraíso soñado.

Volvió a acercarse a la pintura, y se sorprendió al ver una pequeñísima placa en el marco: “Colección Benedicto Carreras”, decía. Luego caminó hasta otra de las obras, un Castagnino, según pudo leer, y nuevamente encontró la

misma inscripción. Había más de veinte cuadros en casa de sus tías, un lugar que pisaba por primera vez en su vida, y, al parecer, todos habían pertenecido a su abuelo materno... ¿Por qué los tenían ellas, entonces?

—¿Qué haces aquí, Victoria? —refunfuñó a modo de saludo su querida tía Cora, vestida, a pesar de la hora, con una bata de cama, e inundada por un olor sospechoso a... “perfume escocés” (el mismo que solía echarse encima Cohen cada vez que algo no le gustaba).

—Estos cuadros son de la colección de...

—Tu madre nos los obsequió. Éramos muy buenas amigas...

Victoria la miró con desconfianza.

—¿A qué has venido?...

—Como la otra vez te enfureciste, prefiero que ahora te enteres por mi, en atención a tu diez por ciento.

—¿De qué se trata?...

—¿No me vas a invitar a sentar?

—Tengo que salir... Podemos hablar de pie —dijo la dama, mientras se sentaba.

—Sucede que en el 2001, en medio de la peor crisis económica de la historia argentina, mi padre echó a la calle a más de cien operarios.

—La empresa estaba prácticamente en quiebra.

—No tanto... Las cosas no estaban bien, lo reconozco. Pero el dinero comenzó a guardarse en las islas Caimán, un paraíso fiscal, y allí permaneció asoleándose hasta el 2004.

—¿Y eso que te importa?

—Es una estafa.

—¡Tonterías! Todos hicieron lo mismo por aquel entonces. Era la única forma de sobrevivir.

—Allá los demás, y su conciencia, pero yo no voy a permitir que la memoria de mi padre cargue con semejante culpa.

—¿Y qué vas a hacer? —preguntó aquella mujer “digna”, en tono amenazante.

—No voy a hacer nada. Ya lo hice. Mis abogados se han reunido con...

—¿Rolón?

—No. He cambiado de abogados. Volví al estudio del Dr. Uriburu. Ahora es Nicolás el que lleva nuestros asuntos.

La dama hizo una mueca de disgusto.

—Como te decía, ya se ha pactado con la mayoría de los damnificados, una compensación que...

—¡Estás loca! ¿Piensas regalar incluso lo poco que queda de nuestro dinero?

—No, no voy a regalar nada. Voy a devolver lo que legítimamente...

—No tienes ningún derecho de hacerlo. ¡Ya mismo vas a dar marcha atrás con todo el asunto, o...

—¿O qué?

La dama sonrió con una mueca que logró helar la sangre de su sobrina.

—Mira, Victoria... Sé que tu nuevo papel de niña rica y empresaria buena, te fascina. Y estoy segura de que, por nada del mundo, te gustaría volver a la pensión miserable de la que “yo” te saqué. Así que si quieres seguir viajando en un auto importado, va a ser mejor que me obedezcas.

—¿Me amenazas?

—Simplemente, te recuerdo. No sería bueno que olvidaras que “yo” soy la pieza fundamental, para que puedas conservar todo este poder, que te encanta ejercer.

—Estás confundida. No necesito tu diez por ciento para decidir. Soy la dueña de...

Pero Cora la interrumpió con ferocidad.

—¡Tú no eres la dueña de nada, muchachita estúpida! — le gritó, mientras se ponía de pie— ¿Acaso nunca te preguntaste por qué sigues siendo Victoria Rojas, a pesar de que ya ha pasado medio año?

—Esas cosas tardan... —respondió Victoria abatida, en un hilo de voz.

—Eternamente, si no tienes una prueba de ADN que confirme la paternidad.

La joven la miró horrorizada, pendiente de sus palabras.

—La idiota de Mercedes iba a regalar la empresa, y Aldo había hablado maravillas de ti... Si tu heredabas o no, no modificaba en nada mi diez por ciento, así que...

—Pero tú dijiste que la prueba...

—La prueba dio negativa, muchacha idiota... Eres tan hija de Aldo o Margarita como yo... Por eso nunca presenté ningún papel. Por eso insistí para que se te nombrara presidenta del directorio, y se te diera poder por otra vía... ¡Pregúntale a Rolón! Él lo sabe todo.

Lo que quedaba de Victoria (Rojas o Ferrari, lo mismo daba), no tardó en desintegrarse.

Las lágrimas comenzaron a brotar, ahogando toda razón o palabra. En el fondo de su alma, siempre había intuido que Vanina y Esmeralda no podían ser sus hermanas. Y en lo profundo de su corazón, Ramona nunca había dejado de ser la única madre que era capaz de amar.

Inmune a su dolor, Cora continuó.

—No tienes mucho para elegir. Puedes seguir como hasta ahora, pero consultando conmigo cada decisión que

implique disponer de las utilidades... Y, por supuesto, lo primero que harás al volver a la empresa, es echar atrás...

—¿Y si no lo hago? —preguntó con el último vestigio de orgullo que quedaba en ella.

—Ya no te necesito, Victoria Rojas. Me va a encantar hacer pública tu situación, y que todos se enteren como simulaste ser de la familia... Con la empresa ya encaminada, y con resultados tan brillantes, puedo pedirle a cualquiera que la administre. Vanina y ese tal..., como se llame, estarán de mi parte. El muchacho parece bastante inteligente y ambicioso. A Esmeralda puedo manipularla para que, a su vez, manipule a su madre... En cuanto a ti... Tendrás que elegir: o hablo, y vuelves al mismo agujero del que saliste, o...

—¿O?

—O puedes seguir siendo mi adorada sobrina perdida... Con ropa costosa, un auto importado, y mucho dinero. Tú eliges, Victoria Rojas... ¿O debo llamarte Ferrari?...

Al escuchar a su tía, la muchacha corrió horrorizada, incapaz de esperar ni siquiera a que el sirviente le abriera la puerta para huir (¿de Cora, o de sí misma?).

Sentada en su cómodo sillón, la dama observaba la cruel escena, divertida.

Cuando finalmente Victoria pudo escapar, por una puerta lateral apareció Roberta, escandalizada.

—¡Quién lo hubiera dicho! —se espantó, mientras se dejaba caer pesadamente sobre el sofá, con un gesto gastado y teatral—. ¡Siempre desconfié de esa muchacha!

—Parece que las ratas huyen del barco —murmuró su hermana, hablando consigo misma, ignorando a Roberta, como hacía siempre.

—¿Crees que va a aceptar continuar con la farsa? La chica parece honesta, y no muy impresionada por el lujo que la rodea. ¿Notaste su ropa?... Ella podría pagar algo mucho mejor.

—Querida hermana: todos tenemos un precio. Es cierto, el de Victoria no parece medirse en dinero... ¡Pero el poder! Como buena pobre, la pierde el mandar y dar órdenes... ¡Es muy orgullosa!... Creo que, después de un breve pataleo de su conciencia, finalmente se doblegará. ¡Por el bien de la empresa, por supuesto! U otra idiotez así, que le sirva de excusa... —apuntó con ironía.

—¿Así que la prueba de ADN dio negativa?... ¡Quién lo hubiera dicho!... ¡Era igual a Margarita!...

—¡¿Y yo que sé como salió la prueba de ADN?!

—¡Cora! ¿Estás diciendo que no has ido a buscar el resultado?

—¡Estás loca!... Lo que estoy diciendo es que nunca di mi sangre para esa prueba... ¡Ay, Roberta!... Como siempre, no entiendes nada. ¿Cómo se te ocurre que iba a facilitarle las cosas así a una extraña? Si ella quiere saber

quién es, que empiece por el principio. ¡Con lo lenta que es la justicia, tardará años!...

Cora rió en forma cruel, como solía hacerlo cuando el alcohol la inspiraba. Y Roberta, por miedo, la imitó. Su hermana era demasiado peligrosa como para contradecirla.

* * *

Victoria abrió los ojos, a pesar de las lágrimas. ¡Era tan doloroso ver la tumba desnuda de su propia madre, sin una miserable lápida que la recordara!

¿Cómo había podido dudar de aquella mujer que le había entregado su vida entera?

Le dolía todo el cuerpo y el alma. Era como si durante los últimos meses hubiera estado corriendo una larga e interminable carrera, con la mirada siempre fija en la meta. Forzándose a no volver atrás, a olvidar el cansancio, y sus propias necesidades. Pero cuando ya casi acariciaba el triunfo con las manos, era como si se hubiera terminado estrellando contra la pared de su propio orgullo y necesidad. Casi podía sentir en sus huesos el impacto con aquella superficie compacta, irreductible. Y ahora, allí, parada frente a la tumba de su madre (la verdadera, la única), como lo había estado seis meses atrás, se sentía, a diferencia de entonces, tan muerta en su interior, tan vacía por dentro, que no se creía con derecho a salir caminando

de aquel cementerio. ¿Cuál era el sentido de seguir viviendo, cuando se había traicionado a la única persona que nos había amado en la vida?

¿Dónde estaba Victoria Ferrari, el orgulloso ser que, subido a su tacones bien altos, se había creído con derecho a pisotear a todos?

¿Cómo iba a hacer ahora para callar, obediente?

¡Y la tumba de su propia madre, sin siquiera una lápida!

La vergüenza se apoderó tan cruelmente de ella, que se dio vuelta, doblegada por las lágrimas.

Y entonces Cohen la tomó entre sus brazos...

Victoria no se sorprendió. Tenía tanta necesidad de él... De que la consolara. Y Cohen, una vez más, como siempre, estuvo ahí para ella.

* * *

—Señores... Disculpen, pero el cementerio va a cerrar...

Habían estado abrazados durante más de dos horas. Victoria había llorado sin tregua, y él sólo la había visto llorar.

Aquel hombre oscuro sabía, por experiencia propia, que lo mejor era dar rienda suelta al dolor. Sacarlo para afuera, para que no corrojera por dentro.

Eso es lo que había que hacer, y lo que él nunca había hecho.

Abrazados, comenzaron a caminar hacia el auto. Él acomodó el bolso que Victoria llevaba, y luego la ayudó a subir.

—Me pregunto... —dijo la muchacha con amargura, mientras recorrían las calles— Si yo hubiera sido criada por Aldo Ferrari, millonaria, poderosa, y si alguien, una desconocida cualquiera, se hubiera presentado ante mi, diciendo que mi madre era Ramona, ¿le hubiera creído con tanta rapidez?

—No te atormentes, Victoria. Te conozco. Igual hubieras querido saberlo... Eres como yo. Incapaz de darle la espalda al pasado, ni de escapar de tu destino...

La joven miró a aquel hombre que amaba, y se emocionó.

—¿Cómo lo supiste?

—Me llamó Cora Ferrari para ofrecerme la dirección de la empresa.

—¿Qué voy a hacer?... —comenzó a desesperarse Victoria.

—Seguirás viviendo, como todos... Volverás al trabajo. Siempre tienes un puesto junto a mi...

Cohen se quedó callado, con la vista fija en el camino.

—No tengo adonde ir, ni dinero. Quise llevarme lo menos posible... Puedo volver al pensionado, y...

—No tienes que regresar allí. Gracias a ti gané la cuenta Ferrari, así que sería justo que...

—Ni lo intentes, Cohen. Te debo demasiado.

—¿Olvidas que me has pagado hasta el último...

—No me refiero a eso.

Cohen detuvo el auto.

—Llegamos —dijo, sucintamente.

Victoria miró a su alrededor. No conocía el lugar, pero parecía la estación terminal de autobuses.

—Pensé que...

—Victoria, te han ocurrido demasiadas cosas, y tienes mucho en qué pensar. Te necesito fresca para que rindas en el trabajo, así que lo mejor será que te tomes unos días...— ordenó, mientras la ayudaba a bajar del auto, y, a paso rápido, la conducía a través de los pasillos abarrotados.

—Ya te dije que no he traído dinero. Tengo la tarjeta de crédito, pero no...

Cohen ya no la escuchaba. Frente a la ventanilla, la vendedora lo saludó con cordialidad: —Buenas noches, señor Cohen. ... —dijo sonriente. Y luego agregó, coqueteando con él— Hoy no es viernes...

—El pasaje es para mi amiga... ¿Tienes tu documento, Victoria?

La muchacha se lo alargó, sin entender, pero también incapaz de hallar en su interior el valor para oponerse.

—¿El de las ocho?

—Sí. Con regreso el día... martes, a las tres de la tarde.

—Lo cargo a su cuenta, como siempre... ¡Buen viaje!

—Cohen, yo...—intentó imponerse Victoria, pero fue inútil.

Con la misma premura con que la había conducido hasta allí, la arrastró hacia el andén diez.

—No puedo irme —trató de protestar la muchacha, mientras Cohen cargaban su lujoso bolso Louis Vuitton (el único que ella había encontrado en el apuro), con el resto del equipaje.

—No puedes quedarte, Victoria. Confía en mi...

Y volvió a regalarle aquella mirada profunda que la hacía arder por dentro... ¿Cómo oponerse?

—Vas a bajarte al final del recorrido. Allí espera hasta que una señora mayor te contacte... — le gritó, a través de la ventanilla, mientras el bus arrancaba.

Parado en el andén, con su traje inmenso, su barba roja, y su mirada oscura, Cohen, el hombre al que amaba más allá de toda lógica, intentó un último saludo.

Y por primera vez en mucho tiempo, Victoria se sintió feliz.

Aquí concluye
el primer volumen de la novela
“Pequeños Pecados”.

*Para solicitar gratuitamente el volumen 2,
escriba un mail a*

claravoghan@lycos.com

indicando:

- 1) edad, 2) nacionalidad y 3) breve comentario del vol.
1, solicitando el envío por archivo adjunto del
volumen 2 en forma gratuita.*